

Capítulo 87 - - Descoherencia - Una guía práctica para la magia [Libros 1-4, interrumpido el 3 de julio]

- Capítulo 87 - - Descoherencia - Una guía práctica para la magia [Libros 1-4, interrumpido el 3 de julio]

Capítulo 87 - -

Descoherencia - Una guía práctica para la magia

[Libros 1-4, interrumpido el 3 de julio]

Siobhan

Día 20 del Mes 1, miércoles, 23:45 horas

Mientras Siobhan descendía las escaleras, rememoraba su primera lección de Magia Defensiva con Elwood Fekten. Hablaron sobre banshees y formas de protegerse contra ellas. Después, revisó un par de encantamientos temporales para deafening, y conocía uno que podría haberse lanzado sobre ella misma, si tuviera los componentes y la concentración necesaria, pues era bastante elaborado.

El zumbido del Aberrante no solo resonaba en sus oídos, sino en sus huesos. Aún así, pensó que tal vez el hechizo de deafening podría hacer algo. Cualquier mejora sería útil, porque reconocía que estaba dejando de estar en un estado de calma extrema para caer en una laxitud tanto mental como física.

No podía sentir su propio rostro. Eso superaba con mucho lo que el hechizo de autocontrol podría haber logrado. En ese momento, apenas podía reunir el interés necesario para preocuparse por lo que sucedería a medida que el Aberrante seguía fortaleciéndose.

El lugar donde el medallón de protección se había enfriado contra su pecho latía con una quemadura fría. Siobhan deslizó sus manos en forma de copa desde su diafragma para frotar la piel dañada, acogiendo la breve oleada de lucidez que el dolor le proporcionaba.

En la habitación de abajo, la luz de una lámpara de cristal volteada mostraba la red similar a un panal de hilos que había crecido por toda la estancia—en el aire, sobre el suelo, las paredes y el techo, extendiéndose también hacia la calle.

Los hilos de color carne se abrían paso con firmeza contra su piel mientras se desplazaba entre ellos, y aprendió a evitarlos con más cautela, especialmente cuando una vibración atravesó su chaqueta y estuvo a punto de hacer sangre en su brazo. Sería justo lo que necesitaba para que los oficiales extrajeran otra muestra de sangre y pudieran espiarla con ella.

Al avanzar hacia la parte frontal del edificio, donde Newton había activado la trampa, los hilos se hicieron más densos y empezaron a reaccionar con agresividad cuando ella los empujaba a un lado. Tuvo que detenerse varias veces mientras buscaban al ser vivo que se desplazaba entre ellos.

Finalmente, cuando alcanzó la esfera de hilos que rodeaba la masa amorfa y acurrucada que había sido Newton, vio su bolso en el suelo, pero solo parpadeó con apatía un buen rato hasta recordar que debía recuperarlo y salir de allí cuanto antes.

Moviéndose con lentitud y torpeza, levantó en círculo sus manos hasta su boca, sujetando la varita con los dientes alrededor del mango grueso. Se inclinó torpemente hacia adelante hasta que la punta de la varita estuvo casi en contacto con los hilos y activó el hechizo de aturdimiento.

Tan pronto como los hilos dejaron de vibrar, abandonó el hechizo de calma, cambió la configuración de la varita al hechizo de corte y usó las últimas tres cargas para trazar las líneas de un triángulo.

Los hilos más cercanos parecieron alertados por su presencia, incluso sin que ella emitiera ningún zumbido, y, tan rápido como pudo, sintiendo como si todo el mundo estuviese ahogado en una melaza espesa, volvió a cambiar a la configuración de hechizo de aturdimiento—de la cual solo quedaba uno—. Introdujo la varita en su boca y recitó nuevamente el hechizo de calma sobre ella misma. Utilizó lo que parecía ser el último aliento de urgencia en su alma para atravesar la abertura en forma de triángulo que había creado en la esfera de cadenas.

Con un agujero tan grande, los hilos parecían incapaces de sanar la herida con facilidad, aunque ya empezaban a hacer crecer nuevos filamentos desde los bordes cortados.

Ella activó su amuleto y, en un instante, perdió unos segundos en un parpadeo desorientado mientras su cuerpo se desplazaba incógnito. Casi pierde también la concentración en el hechizo, y posteriormente se dio cuenta de que había sido peligroso transformarse durante la invocación. Todo pudo haber ocurrido, pero principalmente, cosas terribles.

El lanzamiento requería un esfuerzo de voluntad, y ella empezaba a perder la capacidad de preocuparse lo suficiente como para hacer que el mundo se doble ante su poder. Miró hacia abajo, hacia la masa fetal de hilos vibrantes que aún le recordaban vagamente a un cuerpo humano.

‘¿No sería irónico que perdiera el control al lanzar exactamente el mismo hechizo que Newton, en el mismo lugar?’ Este fue su último pensamiento coherente, mientras permitía que el hechizo se deslizara para evitar que la magia la atacara.

Su mente quedó en parte inactiva.

No sabía cuánto tiempo había perdido, pero un destello de fuego y sangre tras sus párpados le atravesó con un sobresalto de temor.

Se despertó de su letargo con un jadeo, con los ojos abiertos de par en par, el corazón latiéndole con fuerza contra el pecho por una oleada de energía repentina. Llevaba años entrenándose para despertar rápidamente de sus pesadillas, y, al parecer, ni la absoluta tranquilidad del efecto anómalo de un Aberrante podía superarlas. Nunca pensó que sería agradecida por algo que, en otras circunstancias, sería la mayor tortura de su existencia.

Seguía en pie. Apparentemente, no había hilos buscadores dentro de la esfera. Si los hubiera, lo más probable sería que la hubieran encontrado y absorbido mientras permanecía en un estado catatónico de serenidad.

Sabiendo que su lucidez no duraría mucho, se acercó con cautela al origen, aquello que una vez fue Newton.

Lo paralizó a muy poca distancia, apuntando directamente a la parte que debería haber sido su cabeza, y sintió un alivio profundo al ver que cada hilo en el edificio quedaba quieto y en silencio.

De repente, volvió a escuchar las sirenas, aunque no estaba segura de cuándo habían sido ahogadas por el zumbido, y los gritos del exterior se filtraron a través de la niebla que los amortiguaba, algunos llenos de temor, otros con autoridad.

‘Esto probablemente no durará mucho.’ Con la prisa que le permitían sus músculos aún torpemente relajados, se despojó de su ropa, reemplazándola por el conjunto de ropa masculina algo desgastada que guardaba en el fondo de su bolso, sin preocuparse por los numerosos botones, y apretó la ropa femenina lo más posible dentro del mismo. Hubiera preferido quemarla, por si acaso, pero los policías podrían sospechar si hacía eso, y si la respuesta se retrasaba aún más, terminaría quemando todo el edificio con Tanya y los demás atrapados arriba.

Sebastián recuperó su varita deslumbrante del bolsillo oculto en el fondo del bolso y luego metió sus adornos para la cabeza en ese mismo espacio estrecho y oculto, sin preocuparse por las plumas o por la curva suave del filigrana de alambre que una vez adornaba. Con las pruebas escondidas lo mejor que pudo, se pasó la correa por los hombros, sintiendo que el peso de sus almacenamiento mágico le brindaba un consuelo que ni siquiera había sabido que necesitaba. Volvió a mirar la forma fetal que había sido Newton.

Sus hilos comenzaban a vibrar de nuevo, y las vibraciones se extendían desde allí.

Con una sonrisa afilada que, en realidad, le generó una punzada de tristeza, volvió a presionar su varita deslumbrante contra la “cabeza” del Aberrante y lanzó dos hechizos paralizantes consecutivos. ‘Ahí. Espero que eso lo mantenga quieto el tiempo suficiente para salir de aquí.’ Si no, solo le quedaba una carga en la varita.

Se arrodilló, con la iluminación de las luces del cordón apenas suficiente para distinguir los dos pulseras de advertencia de Newton, enredadas entre sí con cuerdas. Las rompió sin titubear, sacando los fragmentos de la cuerda y metiéndolos en su bolsillo, luego repitió la acción con la

pulsera cuyos abalorios de hojalata en su muñeca de repente se enfriaron.

Su ropa estaba hecha jirones, pero algunos objetos de sus bolsillos habían caído al suelo. Sebastien recogió un puñado de coronas de oro y su Conducto, sin estar seguro de si debía sentir remordimiento por hacerlo. También había tenido una varita, pero ella no la vio. Quizá uno de los Morrows se la había quitado.

El agujero en el costado de la barrera de cuerdas ya casi se había regenerado.

Sacó su array de hechizo cortador de papel, lo sostuvo cerca de la abertura por sus bordes, con el núcleo bestial que Tanya le había dado en el Círculo de componentes, donde normalmente habría colocado su pequeño farol.

La práctica con el hechizo de esfera de aire del profesor Lacer parecía haberle ayudado a perfeccionar la comprensión de cómo el hechizo cortador moldeaba el aire en un arco súper condensado. Seguía siendo mucho más débil que los hechizos de corte que tenían en las varitas de batalla—después de todo, solo estaban diseñados para cortar telas—pero era suficiente para atravesar las cuerdas, y logró ampliar nuevamente la abertura con un poco de esfuerzo.

Volvió a atravesar el triángulo desaparejo y se desplazó entre muebles caídos y cuerdas congeladas hasta la ventana más lejana. Los tablones habían sido derribados por las primeras explosiones de los Morrows.

Moviéndose lentamente, con la esperanza de que la niebla fuera suficiente para bloquear la vista de los policías en torno al cordón, salió por la ventana y se dirigió a la calle. Solo estar fuera del edificio, por fin, le produjo un alivio profundo.

“¿Hay alguna manera de darles una pista a los policías sobre cómo lidiar con el Anómalo, y hacerles saber que envíen una escalera por la parte trasera del edificio para que los demás puedan salir con seguridad?” Intentó imaginar un escenario donde pudiera transmitirles la información sin poner en riesgo su propia integridad. “Quizá Oliver pueda hacer algo. Debería ir a su casa, ya que seguramente está preocupado por mí después de haber activado la pulsera de advertencia.” Damien también habría sido alertado cuando rompió las pulseras de Newton. “Espero que no entre en pánico ni haga algo irresponsable.”

Su alivio había sido prematuro. Solo avanzó unos metros alejándose de la ventana cuando una luz brillante surgió a poca distancia frente a ella, obligándola a entrecerrar los ojos y quedarse congelada por instinto.

“¡Alto!” gritó con voz áspera un hombre. “¡Manos arriba, dedos extendidos!”

Ella se movió lentamente, ajustando la vista para distinguir los escudos rojos y el equipo táctico mágico de la Guardia Roja.

Un escuadrón completo de ellos estaba parado a unos metros delante de ella, algunos con artefactos de combate apuntándola, mientras otros vigilaban a los lados y detrás para que nada pudiera acorralarlos.

“Dioses,” susurró en voz baja.

Una miembro de la Guardia Roja le lanzó un hechizo extraño que ella no se atrevió a esquivar. Le hormigueó en la piel, cosquilleándole los intestinos hasta llegar a la columna, y luego rebotó de regreso.

La mujer de la Guardia Roja que le había lanzado el hechizo revisó las lecturas en una tableta de cristal, después hizo un gesto rápido con las manos. “Sin anomalías. Humana.”

Se relajaron un poco, y Sebastien estuvo a punto de hundirse en un profundo respiro de alivio cuando notó a un hombre a la izquierda del grupo observándola detenidamente, ajustando un monóculo metálico complejo que llevaba sujeto por una pinza a un lado de su cabeza.

Sebastien sintió que la atención del hombre con monóculo activaba la barrera de distracción de adivinaciones, colocada bajo la piel de su espalda, y supo que todo había terminado para ella.

—Posible tipo de pesadilla—, espetó de inmediato.

Ella levantó sus manos aún más alto, con los dedos extendidos en señal de rendición. —¡Espera, espera! ¡Soy humana! ¡Soy estudiante universitaria, y soy Thaddeus La—

Antes de que pudiera mencionar el nombre de su profesor con la esperanza de hacerlos detenerse, un hechizo de color morado oscuro salió del centro del escudo del hombre de frente. Impactó contra ella más rápido de lo que pudo parpadear.